

Hotel Encarnación

(Pesadilla farsica)

de Jaime Coello Manuell

Esta búsqueda atroz, que ya termine;
este mordisco, no, que me desgarrar.
Ven. Mi sombra no te hará nunca más daño.
Se ha ido ya, sobre cristales rotos;
se ha ido ya, pero ha dejado las guitarras.

MAX ROJAS

Búsqueda de un cuerpo (*fragmento*).

Hotel Encarnación

Personajes:

Sergio Schiavoni. Treinta y tantos años, argentino; director de relaciones públicas de la Cadena Hotelera Luciano.

Horacio Kustos. De edad incierta, quizá treinta y pocos años; viajero y explorador de lo insólito.

Jenna Cum-ing's. Muñeca inflable de plástico rosa.

Sombra. Manipuladora de Jenna.

Espacio escénico: Una cuartucho de motel.

Primera intervención de Schiavoni

(I)

Horacio entra a su habitación acompañado de Schiavoni, quien lleva un par de maletas.

Schiavoni.— Supuse que vos no podrías evitar probar nuestras camas, ché.

Horacio.— Bueno, realmente no es que yo hubiera decidido probarlas, simplemente me quedé dormido.

Schiavoni.— Fenómeno mucho más frecuente de lo que podría pensarse, en un primer momento... Es por el acabado, ché, los noruegos han perfeccionado los colchones para ofrecer un máximo de confort al usuario. Necesario si se quiere conservar a la concurrencia de sueño ligero. Además, uno debe permanecer dormido durante todo el trayecto... ¡ni siquiera te imaginés algo distinto!

Horacio.— Entiendo.

Schiavoni lo mira de arriba abajo y sonríe, deja las maletas en el suelo para acercársele y darle un abrazo.

Schiavoni.— De hecho es una coincidencia extraordinaria que nos hayamos encontrado por segunda ocasión. ¡Ché! Imaginé que no te volvería a ver en la vida.

Horacio.— Pues por lo que he vivido en los últimos tiempos... sí, vaya con la coincidencia... Pero dime algo ¿este lugar sigue perteneciendo a la cadena?

Schiavoni.— Por supuesto, ché, el Hotel Encarnación forma parte de la Cadena Hotelera Luciano: nos encontramos exactamente a dos mil seiscientos metros sobre el nivel del mar, en medio de la serranía del Estado de México, en Estados Unidos... Mexicanos, por supuesto, ché. De hecho, a tan sólo unos trescientos kilómetros de la ciudad de Toluca, ¿la conocés?... es, según se cuenta, donde nació Alberto... con seguridad te acordás.

Horacio continúa la charla como si tal y no presta atención al último comentario de Sergio, quien toma nota del detalle.

Horacio.— Veo cambios en el servicio... y en las instalaciones... esto pareciera un motel de la peor calaña sobre todo si se le compara, por ejemplo donde nos conocimos: el Hotel Luciano Scott, ¿lo recuerdas?

Schiavoni.— ¡Cómo olvidar esos bocadillos tan típicos del Polo! Pero sí, tenés razón, hay una notoria diferencia entre ambos. Te explicaré. Esta sucursal depende de una división de la empresa encargada de producir juguetes. Poco después de la muerte de nuestro fundador, el doctor Luciano, se estableció el fideicomiso que asegura la existencia de la cadena, de las camas y por lo tanto de todo, ésto. En fin, poco tiempo después del deceso se encontró un documento en donde se establecía el mecanismo para crear la división. En este hotel se brinda la oportunidad de gozar de forma gratuita de una edición limitada de los productos de Juguetes Luciano. Ché, la concepción que se tiene allí del juguete es completamente revolucionaria.

Horacio.— ¿Revolucionaria? ¿En qué sentido?

Schiavoni.—¿Te quedá claro el funcionamiento de las camas?, ¿cierto?

Horacio.— ¡Por supuesto! Llevo meses despertando con la incógnita de dónde me encontraré.

Schiavoni.— ¡Vamos, ché! Ese no es el ánimo que se espera de vos, Horacio... si lo realmente importante es: ¡la ausencia de control! Es lo que libera cuando viajás montado en las camas. Es lo mismo con los juguetes, digo, no es que te vayás a transportar mientras te entretenés. Pero podés estar seguro que el juego no estará precisamente bajo tu control.

Horacio mira, extrañado, a Schiavoni, permanece en silencio.

Schiavoni.— Así como es política de la cadena no obligar a nadie a utilizar las camas, también el uso de los juguetes queda al arbitrio de cada huésped, aunque se les entusiasme a hacerlo. En definitiva, ché, es una decisión de cada quién.

Horacio.— El problema con esta cadena hotelera es que uno no sabe nunca en qué se está metiendo, y las camas son un buen ejemplo...

Schiavoni.— ¡Vamos, me extraña tanta reticencia!, ¿alguien como vos? Meditá las posibilidades de la combinación: azar, juego, el respaldo de la Cadena Hotelera Luciano... Ya conocés las camas. Pensálo por un momento: fantasía sin control... Por ejemplo, con una muñeca podés hacer cosas que ofenderían con sólo pronunciarlas a cualquier mujer verdadera.

Horacio se escandaliza un poco pero permanece callado.

Schiavoni.— No me mirés así, ché. Distintos tipos de muñecos han sido usados por mucho tiempo... básicamente para entrenar niños. Vos no pensarás que escasean retos de mayor envergadura que el ajedrez o la realidad virtual, ¿cierto? Además el catálogo de nuestros juguetes es amplio y variado: si vos andás de ánimo existencial te podés entretener con una máscara... Vos sabés, en China se cree que algunas muñecas y máscaras pueden atrapar a los espíritus rebeldes para librar a la gente de ellos...

Horacio.— Bueno, cada día se aprende algo nuevo. Sólo espero no olvidarlo si llego a necesitar librarme de alguno. Pero eso no quiere decir que me parezca del todo adecuado echarle un vistazo a esas muñecas, ¿me doy a entender?

Schiavoni.— ¿Indeciso?... pensálo un poquito... ¡Ché!, es una oportunidad única que no se debe desperdiciar así como así. Quizá no podás volver nunca, escucháme bien: NUNCA, al Hotel Encarnación. ¿El legendario Horacio Kustos se negará a historiar algo Sorprendente? No lo puedo creer. ¿Qué diría Alberto, su...?

Horacio.— No lo sé... no quisiera quedarme dormido... hasta ahora he tenido suerte, bueno, relativamente. Podría despertar en cualquier lugar y en cualquier momento... y los juguetes podrían ser... ¡uffff!

Schiavoni.— Pará, pará, ché. Eso no es problema ninguno, vos no se te vas a quedar dormido después de jugar, ¿o sí? Mientras no te quedés dormido, no te moverás de la serranía mexiquense. Pero basta de nimiedades, probá alguno ¿te gustaría algo en especial, ché? ¿Vos con qué jugabas cuando eras niño?

Horacio.— Pues déjame recordar... A ver, lo normal, algunos muñecos o pelotas, quizá disfraces, ¿por qué?

Schiavoni se esfuerza por desempacar a Jenna de una de las maletas y en el proceso se cae una máscara. Cuando finalmente la saca se la ofrece a Horacio quien lo ha visto todo con curiosidad .

Schiavoni.— Ché, ¿porqué no probás con ésta? Es un modelo nuevo, recién acaba de llegarnos de la fábrica.

Horacio (*recoge la máscara*).— ¿La misma de las camas?, ¿la que está custodiada con perros y ametralladoras, allá en Noruega?

Schiavoni.— La misma. Así que ahí lo tenés: la calidad está garantizada. (*Observa el interés de Horacio por la máscara*) ¿Vos te interesás en las máscaras? Tienen esa cosa del intercambio de las personalidades, en realidad es una puerta para los personajes.

Horacio.— Nunca lo había considerado así...

Schiavoni.— Creémelo cuando yo te lo digo, es una ventana para ver el mundo de otro modo... insisto en dejártela. La podés usar de aderezo para retozar con esta muñequita de

nombre singular, mirá... (*Curiosesea la etiqueta*) Exacto, ché, como la actriz XXX, seguro que la conocés: Jenna Cum-ing's. Con algo así, seguro que te podés pasar una noche... sofisticada, por decir.

Horacio.— ¿Y qué hace tan especial a esta muñeca?

Schiavoni.— ¡Oh! Es algo muy exclusivo. Tiene la peculiaridad de que es única en cada ocasión que vos la usás. Sus posibilidades, según la ocasión, se establecen de forma aleatoria y arbitraria, ché, depende de cómo te “acoplés” con ella, ¿me entendés? ¿Viste?, la misma política que con las camas.

Horacio.— ¡Caray! Entonces, mientras no la use alguien... y aún así... ¡wow! Eso sí tiene riesgo...

Schiavoni.— Por supuesto, ayudámos a nuestros clientes a liberarse del afán de tener todo bajo control, ¿sabés? esa cosa tan... ¡pragmática! Ché, mirá las posibilidades de gozar, la libertad de ser otra persona, incluso otra cosa... la magia de la máscara. Y si le sumás esta sofisticada pieza para el placer masculino... ¡Mmm! Yo te lo digo a vos: nadie tendría por qué recurrir a humanos para paladear... “ciertos placeres”.

Horacio.— No lo sé...

Schiavoni.— Andá, animáte, ¿comenté que no tiene costo?

Horacio.— Mmm. Quizá. Déjame considerarlo.

Schiavoni (*observa la hora*).— ¡Disculpáme! No había visto la hora, debo retirarme. (*Recoge sus maletas*) Me esperan en cinco minutos.

Al llegar a la puerta se detiene y regresa a abrazarlo como si no esperara volverlo a ver.

Schiavoni.— Me dio gusto volverte a ver, ché.

Horacio.— Espera un poco, ¿es seguro usar estas cosas?

Schiavoni.— ¿Viste? No te preocupés, divertite con confianza, están “Hechos para retar a la imaginación”. Quizá no nos encontremos de nuevo, pero nunca se sabe, vos viste, nos hemos encontrado un par de veces... ¡y en menos de un año! Ojalá. Ciao.

Sale Schiavoni con las maletas. Horacio curiosesea la máscara y la muñeca. Coloca con cuidado a Jenna en la cama y se aleja para observarla. Se quita los zapatos y la camisa, se

calza la máscara y gesticula frente al juguete. Se inflama. Se acaricia. Posa la mano en su bragueta... y masajea.

Oscuro.

¿Horacio? y Jenna anoche...

(II)

Suena el teléfono de la habitación, contesta con las luces apagadas.

Horacio.— ¿Bueno? Sí... Creo que está equivocado... no, bueno sí soy yo pero no. Ok, pero no es como pasó. ¡Está bien, pero le digo que no fue así! ¡Yo no me quedé dormido! No, yo estaba charlando con Sergio Schiavoni, el director de relaciones públicas de la cadena. El mismo, sí, un argentino. ¿Cómo? ¿A dónde? Le digo que no me dormí... ¿En dónde dice que estoy?... ¿¡Qué! Pero eso sigue siendo Estados Unidos Mexicanos... está bromeando. ¿No? Ok ok, pero entonces... ¿Bueno?, ¿bueno? ¡Bueno! ¡Putá madre!

Se levanta y prende la luz, tiene puesta una máscara. En una silla está Jenna y, junto a ella, Sombra. Horacio, con el sueño recién interrumpido, observa a su alrededor. Cuando encuentra sus pantalones, los revisa y cerciora de que todo este en orden.

Jenna.— Por lo menos un “buenos días” o un “cómo amaneciste” o, ni eso...

Horacio, sacado abruptamente de su ensimismamiento voltea buscando de dónde viene la voz.

Jenna.— ¡Uyuyuy! Ahora re-sulta, que ni me conoces.

Horacio.— Pero pero, pero... ¿Yo, qué?

Jenna.— ¿Qué esperabas? después de toodo, no creerías que me iba a quedar nomás arrumbada. No después de... anoche.

Horacio.— ¿!De anoche!? ¿Qué cosa pasó? Mi soledad y la nada: eso pasó, absolutamente nada.

Jenna.— ¿Nada? Pero después de toodas esas palabras, y de historias que creaste para mí... No serás capaz de tratarme Sólo como un objeto. ¿O sí...? Luego de tooda esa... ¡energía! que me diste. Amaneces y ¿qué pasa?: me haces a un lado, me avientas a la oscuridad. No, no por favor. ¡No!, me muero, me me... me entra taaanta desesperación. Angustia. Y es que después de ver-te, oler-te... y luego, después... así, apenas y, ¿como si nada?... me me... niego, yo simplemente NO puedo pretender que no pasó nada.

Horacio.— ¿!Eh!? ¿Pero de qué se trata? Perdón, pero no estoy entendiéndote nada. Todo esto es muy extraño.

Jenna.— ¿Ex-traño, dices? ¿Qué cosa? ¿Yo?

Horacio.— Un poco, sí. Sergio no me previno de esta... peculiaridad.

Jenna.— ¿Y yooo te parezco rara?, mira nomás: “peculiaridad”... Pero si claro, como a ti la imaginación te borbotea con tooodas esas cosas... (*suspira*) ¡Ay! taaan interesantes. Pero si sólo andas de aquí para allá como chupaflor macho, probando los botones de taaantos jardines, hasta donde ni te imaginas... Pero ya lo veo: son tus purititos cuentos. ¡Ashhh! Para que nomás seas un pitofácil cualquiera.

Horacio.— ¡Oye! Vámonos respetando. Cada quién... Además no soy un pitofácil, ni me ando cojiendo a cuanta mujer se me atraviesa en el camino, ni que fuera qué. De hecho me reservo mucho para momentos especiales. ¡Oye! Ahora que lo pienso, no recuerdo haberte escuchado ni una sola palabra anoche.

Jenna.— Pues cómo, si me tenías ocupada en ootra cosa, ¿a poco querías platicar...? Pero, no... ¡Ay!, es que no me entiendes, desde la oscuridad yo no podía hablar-te. No me atrevía a cruzar, ¿para qué? No tenía motivos para hacerlo, ¿o sí?. Peero llegaste tú y después de dibujarme taaan minuciosamente ese futuro taaan Pleno & Lleno de felicidad. Encontré mi corazón, junté valor y aquí estoy para Ti y ahora tu me tienes que tener, siempre.

Horacio.— ¿¡Que qué!/? ¿Pues, qué pedí? En qué momento... Ora resulta... ¿De qué se trata pues?, ¿de qué corazón me hablas?. Entiende desde ahorita una cosa: a quien pertenece mi corazón no es a ti ¿está claro? (*para sí mismo*) Ve nomás, una noche y se vuela la muñequita.

Jenna.— ¿Cómo puedes hablarme así, Alberto? Te he servido bien, no pido que me correspondas, sólo déjate querer. Yo no te celaría ni trataría de manipularte. Me consagraría todita toditita a ti, piénsalo... Además, corazón, por lo que miro, tu pareja, si tienes, no sacia todas tus hambres, ¿no? ¿Será que no sientes lo que conmigo? ¡Ay! No me digas que... ¡No! ¿Vaya resultando que no te satisface?

Horacio pierde los estribos, se acerca para agarrarla pero se le escabulle.

Horacio.— Primero: me llamo Horacio. Y segundo: ¡No eres nadie para juzgar una relación ni para hablar de nadie! ¿Qué sabes? sólo eres un juguete: nomás sirves para entre-te-ner-me.

Jenna se detiene y adopta una posición lasciva e indefensa, lo observa en silencio unos instantes.

Jenna.— Te vas a arrepentir de hablarme así, no nada más soy un pasatiempo. No nada más. ¡Yo cambié por ti! di el paso porque removiste algo que creí que no tenía. Sólo piensas en ti, Alberto. ¡Eres taaan egoísta!

Horacio la alcanza y la golpea con fuerza. Después de un primer forcejeo, la comienza a manosear con brusquedad. Algo se le ocurre y le asesta un par de nalgadas, luego otra y otra y otra: se salé de sí: la besa a la fuerza; ella intenta escaparse pero la somete. La voz de Sombra se escucha meliflua en el ambiente.

Sombra.— Así así, pégale, siéntete hombre. Déjate ir, no te detengas, que la miel de la excitación te escurra...

Horacio (*saliendo de su ensimismamiento*).— ¡¿Qué, quién?!

Jenna.— ¡Ay no! No hagas caso.

Sombra.— A “Las Mujeres” les excita que sean rudos con ellas. “Todas” se humedecen con un poco de violencia...

Horacio.— ¡¡QUÉ!! ¿Quién anda ahí?

Sombra.— Recuerda que te la dieron ... te pertenece...

Jenna.— ¿Qué pasa, mi cielo? Aquí estoy, anda, aquí me tienes.

Horacio trata de sobreponerse a la voz y vuelve a posar las manos en Jenna, quien entre sollozos deja escapar ligeros jadeos.

Sombra.— Mírate nada más, pero si siempre te gustó el dolor... Porque sólo un pervertido se encerraría en un cuartucho como éste toda la noche con una muñeca inflable... debes ser muy bueno si hasta le “bombeaste vida”. ¡Jeje!

Horacio (*dirigiéndose a Jenna*).— ¿Quién es?

Jenna.— Es Sombra, ¡taaan molesta!, sobre todo cuando le da por hablar y meterse donde no le llaman... una vez suelta... para qué quieres.

Sombra (*interrumpiéndola*).— ¿Tú qué sabes sobre qué o quién soy? Cállate.

Horacio.— ¡Sal, deja que te vea! (*Dirigiéndose a Jenna*) Y ¿quién dices que es? ¿cómo se llama?

Jenna toma a Horacio de la máscara, con ternura le susurra pegadita a la boca.

Jenna.— Es sólo Sombra. No le hagas caso, ven a enseñarme de nuevo el cielo, mi vida, hazme tuya otra vez, ¿sí? Libérame.

Sombra (*interrumpiendo*).— Toda la noche creando mundos y realidades para qué... para la deschable de Jenna... Pero eso sí, pretendes ser honesto y ecuánime ¡Jajajajaja! ¡Muy original esa máscara tuya!

Horacio, notoriamente incómodo se aleja con brusquedad y comienza a vestirse.

Jenna.— ¡Señoras y señores! Miren ustedes a toodo un hombre, aún más: un Escapista. Pero, ¿qué más podrías hacer, ¿verdad? Ni modo de confrontar los problemas. Siempre escondido tras tu genio terrible, bajo ese disfraz de gente productiva: siempre ocupadísimo. O la máscara facilota del: “Así. No. Se puede. Hablar. Contigo.” Pero quedarse... ¡Ja! Cóoomo no, eso sí que sería raro. Siempre corres. Oye, ¿jamás afrontas nada?

Horacio.— ¡¿PERDÓN?! ¿¿Que yo soy qué!? ¡Pero si ni nos conocemos!

Jenna.— Pues fíjate que sí. Yo sí te conozco, Alberto. Y sí, eso es lo malo contigo. Como si alguien te estuviera persiguiendo y tuvieras que esconderte hasta de tu sombra. ¿A qué le tienes tanto miedo? Si yo sólo te quiero comer, corazón.

Horacio.— ¡Vaya! ¿A ti qué demonios te importa cómo sea o cómo deje de ser? Y deja de llamarme Alberto, yo soy Horacio, ¿entendido?

Sombra.— Eso, sabes que le encanta ese juego.

Jenna.— Mira si serás fascinante: de día muy gallito pero por las noches toodo un semental. Porqué se te ocurre decir taaantas cosas bonitas. Fue taaan teatral, como magia y luego con todas esas... ¿¡cómo se llaaaman!?, ¿piruetas?, ¿hechizos? Sí, definitivamente me encantaste.

Horacio.— Perdón, pero de repente cambias de humor de una manera... Mira no sé realmente quién seas pero casi no te pareces a con quien me desahugué anoche. (*Piensa algo y al retomar modula su voz*) Entiende, lo de ayer fue sólo una fantasía y punto. (*hablando para sí*) Bonito hotel: despierta uno vaya a saber dónde para que me interroguen juguetes y me juzgue la Sombra.

Sombra acerca a Jenna, la mueve de forma grotesca, lasciva, en contra de su voluntad. Horacio observa, al parecer con un poco de asco pero no se aleja.

Sombra.— Jenna Cumming's, muñeca inflable de fantasía de dormitorio, dotada con curvas de impresión y una bella Cara de Inocente en un nuevo diseño tridimensional con pelo realista. Es un modelo sexual en tamaño natural, lo más sofisticado de la serie: "Muñecas de Fantasía Luciano".

Jenna (*Hacia Sombra*).— Cuántas veces te he dicho que no me trates así, eres taaan brusca. ¡Suéltame!

Sombra.— Está equipada con tres túneles del amor penetrables, nalgas finamente moldeadas, duros pezones y pechos enormes; todo ello construido teniendo en cuenta las "manos de intestino" del cliente potencial. Viene con ropita sexy de dormitorio; cinta para el pelo, antifaz y lencería, con la que podrás vestir a tu muñeca. También cuenta con una bala vibradora de cinco centímetros, con múltiples velocidades que funciona con dos pilas AA, incluidas.

Jenna.— Pero yaaa no más. (*Hacia Horacio*) "Ya. Esta búsqueda atroz, que ya termine, que cese este constante deshacerse." Por favor, sácame para siempre de esta oscuridad, te necesito...

Horacio guarda silencio, la ve, la siente restregarse contra su pierna, un poco perplejo, pero excitado. Sombra la retira apenas un par de pasos de Horacio pero lucha por regresar.

Jenna (*Hacia Sombra*).— Me retienes por pura envidia. Envidia porque no tienes cuerpo. Igual sientes eso y ésto y quieres y todo pero eres sólo sensación “pobladora de erizos”, un pinche “muro implacable”.

Horacio, francamente excitado, mira a Jenna sin acercarse. Al mismo tiempo, Sombra la deja sin soporte, como inanimada.

Sombra.— Acércate, desliza tu miembro dentro de la vagina de amor de Jenna y déjale sentirte eyacular.

Jenna voltea hacia Horacio con un gesto indefenso y frágil.

Sombra.— ¡Úsala! Quítale su ropita sexy de dormitorio: pieza por pieza, La prende tanto que la vean y la admiren y tengan fantasías con ella, es una amante secreta fantástica.

Horacio (*respirando agitado*).— Creo que para mi ya es suficiente.

Horacio se muerde ligeramente los labios y traga saliva, recorre con sus dedos el rostro de Jenna, quien busca refugio en su regazo.

Sombra.— Quién sabe cuándo puedas estar otra vez así, a solas... Debe ser muy excitante esconderse para practicar esos... ¿ritos?

Jenna.— No, Yo Soy Su Fantasía, ¿verdad, corazón?

Sombra aparta con brusquedad a Jenna justo cuando Horacio se encuentra más abstraído entre los mimos de la muñeca; su primer impulso es seguirla, pero recapacita y se contiene. Jenna le lanza los brazos pero no logra alcanzarlo. Horacio recobra el control.

Horacio.— No hace falta que se le trate así, es un esfuerzo gratuito: yo no me la puedo llevar... (*Hacia Jenna*) Por eso es tan intenso, porque no puede ser real.

Jenna.— Por eso te encierras: te motiva lo que te has prohibido... ¡Si te vieran! ¡Cuánta cachondez! A poco no es delicioso contenerse, no acabar de empezar, no poder culminar... ¿verdad que te importo?

Horacio (*haciéndose el desentendido*).— No tengo idea porque habrías de importarme. Estas cosas son fugaces. Rápido se pueden volver una pesadilla si se salen de control. Es más, te la regalo.

Jenna.— ¡Qué bonito! Ahora resulta que soy una pesadilla, pero eso sí, bien que me disfrutaste cuando estaba en mi mejor momento, recién desempacada y colocadita en tus caderas. Entonces no me despreciabas, ¿verdad?

Horacio.— ¿De qué hablas? Tú eres un cúmulo de fantasías y deseos. Solamente.

Jenna.— Alberto, aunque no lo quieras entender Yo Soy Re-al.

Horacio.— Me llamo Horacio. Entiende, existes tanto como los personajes de un cuento o el disfraz de una representación. Es muy normal soñar despiertos.

Sombra.— Pues no es muy normal que la gente se consiga un juguete y después le haga el amor a... No le hace que luego diga que fue nomás al aire, de pura imaginación ¡Ja! Lo sabes, lo sentiste. Algo te abrazó, más bien alguien surgió de las sombras y te provocó Ése orgasmo enorme... ¿Hoy quién eres?, ¿de qué es tu máscara? ¿Seguro que te llamas Horacio?

Horacio está francamente asustado, se palpa el cuerpo buscando alguna carencia entre las piernas, una herida en el cuello. Aunque encuentra todo bien lanza una mirada inquisitiva a Jenna, quien hace un gran esfuerzo por incorporarse, Sombra no le ayuda.

Jenna.— ¡Yo soy real! Como fueron reales tus eyaculaciones, como verdaderos tus gemidos y caricias. Fue a mi a quien convertiste en tu puta, tu amante de anoche. Fui tu juguete pero también tu dueña, una parte de ti me pertenece. ¡Me tienes que sacar de la penumbra!

Horacio (*tragando saliva*).— Creo que malentienden, sólo tuve un rato de solaz y esparcimiento. Me fui de fiesta solo. Nada más, ni cosas extrañas, ni nada, como si me hubiera masturbado. Estoy en libertad de hacerlo.

Sombra.— ¡Jajajajaja! ¿De veras lo crees?

Jenna (*molesta*).— ¡Ah! Qué-chis-to-ci-to. ¿Nomás me contemplaste durante tooda la noche? Me mostraste tu cara íntima, el rostro de tu corazón, esa belleza debió salir de ahí. Ayer me pe-ne-tras-te y me recorriste con las palmas y derramaste tu vida en mi oído. ¡Eso no es pura fantasía!

Sombra.— ¡Mira si serás ladino!; venirme a meter a este cuchitril; eso de preferir orgasmos solitarios, egoístas, cuando “alrededor la gente quiere compartirse contigo”. Además de tu propia persona nadie te interesa, ¿me equivoco? ¿Por eso el sexo?, ¿por la intensidad?, ¿por la ilusión de compartirse? No, tú no, no eres de los que pierden el sueño por enfermos, ni hay un triste que te conmueva. ¡Vamos! Pero si ya no sabes ni quién eres, ¿no crearás que sigues siendo Horacio Kustos, o sí, Alberto?

Horacio.— Yo Soy Quien Soy y nadie más que yo lo sabe.

Jenna.— ¡Un momento! ¿Crees que sigues siendo Horacio Kustos?

Sombra.— ¡Oh! Por supuesto, no podría ser de verdad: no habría drama.

Jenna.— Pero, ¿quién te crees que eres?, ¿por qué no te aceptas, Alberto? ¿Quién carajo te crees para jugar con mi corazón?

Horacio (*ligeramente apenado*).— No. Lo siento, quizá es el asunto de las máscaras. Además, Alberto es como... Bueno no exactamente; de hecho es un personaje, el principal digamos, que aparece una y otra vez en mis notas, yo no puedo ser Alberto.

Jenna.— ¡Ay no!, ¡yo a quien amo es a Alberto! Él es quien me puede rescatar de entre las sombras. Necesito alguien... algún escritor que pueda crear, no un simple escribidor de notas, taaan vago. No se vale, Horacio, Alberto, Pitofácil o como te llames, a la gente estas cosas nos desilusionan, la hace sentir a una como si... taaan... que luego una se encabrona, ¿verdad? Sobre todo si una noche me ofreces las pinches estrellas y la puta luna y al otro

día amaneces con humor de que me vaya a la mierda y me arrumbas como sí tal. Casi casi como si yo fuera qué, y luego resulta que tú, que no, que ¡Eres, eres...!

Jenna se lanza furiosa sobre Horacio y lucha por alcanzar la máscara para arrancársela. La voz de Sombra cimbra el cuarto.

Sombra.— ¿¡Ya no te gustó el juego!? ¿Quieres correr de nuevo? Grita y llora como niño. Este cobarde prefiere masturbarse con una muñeca de plástico antes que sentir ¡Eres un Puerco! ¡Degenerado! ¡Estas enfermo! ¿Prefieres el plástico a la piel? ¿Te gusta jugar a ser otro? ¡Ya no sabes ni quién ni qué cosa eres!

Jenna le arranca la máscara y Horacio, ya desesperado, se desprende a la muñeca de la cara y la lanza contra la pared. Se deja caer con pesadez en la cama.

Oscuro.

Segunda intervención de Schiavoni

(III)

Horacio y Schiavoni entran a la habitación. El argentino lleva en las manos un par de maletas.

Schiavoni.— ¡Ché! Supuse que no podrías evitar probar nuestras camas.

Horacio.— Bueno, realmente no es que yo hubiera decidido probarlas... lo confieso, me quedé dormido, pero hay algo...

Schiavoni.— Por supuesto que te quedaste dormido, el acabado noruego es una maravilla de la tecnología del confort. Necesitamos conservar a todos los clientes, no solamente a quienes tienen el sueño pesado.

Horacio.— Entiendo.

Schiavoni lo mira y sonríe, deja las maletas en el suelo para abrazarlo.

Schiavoni.— De hecho es una coincidencia peculiar que nos hayamos encontrado por segunda ocasión. La verdad, creí que no te volvería a ver, ché.

Horacio.— Perdón pero... ¿no es la tercera vez que nos encontramos?

Schiavoni.— No lo creo. Bueno, al menos no en Ésta realidad, tenélo por seguro: me acordaría.

Horacio.— ¿En “Ésta” realidad?

Schiavoni.— ¡Ché! No te tenés que hacer el sorprendido, no vos. *(Pausa)* Viste, por alguna razón aún no dilucidada por los ingenieros y programadores de Juguetes Luciano, eventualmente se producen algunos... digamos percances, en el funcionamiento de las camas.

Horacio.— ¿Cómo? ¿Qué dices?

Schiavoni.— Nada de qué preocuparse, Kustos. Es sólo una anomalía que, de hecho las hace mucho más interesantes. Aquí, por ejemplo, las camas te podén transportar entre distintas realidades, paralelas quizá; llevarte adelante y atrás en el tiempo “*¿Qué pasaría si el mundo fuera de otro modo...?*” Bueno vos sabés que la ausencia de control es uno de nuestros sellos corporativos.

Horacio.— Entonces se podría viajar a...

Schiavoni.— A dónde te lleven el azar y... (*Hace una pequeña pausa*) Por otro lado, en esta sucursal se brinda como servicio de la cadena, la posibilidad de entretener a nuestros clientes con la encarnación de fantasías sexuales. ¿Desea echar una miradita a lo último en juguetes para adultos?

Horacio.— ¡Eh! No, gracias. Definitivamente no siento ganas de jugar aquí, y menos con juguetes de la misma empresa de las camas. Ya bastante tuve con eso. Y me he levantado con un dolor en la cara, que no vea.

Schiavoni.— Insisto. Sólo permítme mostrarte las muñecas que nos acaban de llegar de la fábrica en Oslo. Unas bellezas...

Horacio.— ¿Eh? No, definitivamente no apetezco jugar con muñecas, gracias.

Schiavoni.— ¡Oh! Es una lástima. (*Persuasivo*) Y ¿las máscaras?, ¿eso no te interesa, ché? Podrías descubrir a alguno de tus dobles... sabés esos que potencialmente podrías ser vos, no aquí claro, pero en otra realidad...

Schiavoni saca de la maleta a Jenna. Cuando Horacio ve a la muñeca tiene un ataque de pánico y se desmaya sobre la cama. Schiavoni se apresta a socorrerlo.

Schiavoni.— ¿Estás bien, ché? ¿Horacio? ¡Horacio!

Lo acomoda en la cama y le quita los zapatos. Le pone a la muñeca a un lado y los cobija. Apaga la luz y sale.

Oscuro.

El rostro de Horacio Kustos

(IV)

La habitación está en penumbras. Suena el teléfono y Horacio contesta todavía en la cama.

Horacio.— ¿Bueno? Sí... No no no y no. Yo NO me quedé dormido. Y tampoco pedí ningún servicio de despertador... ¿¡Qué!?! ¿en el lugar donde nació quién? ¡Sí cómo no! Para variar esa debe ser Toluca, ¿verdad? ¡Pues no me chingue, Alberto es sólo un personaje!... ¡Que no!... ¿al menos podría revisar si hay mensajes? ¿Cómo que para quién? Pues para mí... es cierto, pero quizá haya alguno de Sergio Schiavoni... ¿Qué? Pero si hablé con él hace rato ... entiendo... sí sí, lo sé pero ya le dije. Ni me quedé dormido ni nada... ¡Qué la...! Está bien, como quiera. Hasta luego. ¡Putá madre!

Silencio.

Sombra.— Estás bueno para las emociones fuertes. ¿Dices que eres inventor de curiosidades?

Horacio.— Explorador de lo insólito.

Sombra.— Y escribano... ¡Oye! Pero si no estás dormido.

Horacio.— Estoy despierto.

Sombra.— Pensé que quizá habías quedado muy cansado de ayer.

Horacio.— ¡Déjame en paz!

Sombra.— No me digas que despertó de malitas el angelito.

Horacio.— No desperté. No he dormido.

Sombra.— Lo mismo dijiste hace rato y ¿qué te dijeron?... ¡Que te dormiste!

Horacio.— No me dormí, lo sabría.

Sombra.— ¿Seguro?

Horacio.— Todo el mundo sabe perfectamente si durmió o no y yo sé que no he dormido.

Sombra.— Te dormiste.

Horacio.— NO, ahora es que me voy a dormir para despertar en otro lugar.

Sombra.— ¿Seguro? ¿Así nomás te vas a dormir y ya? ¡Ja! No te creo, a dónde irías a parar esta vez... ¿No te dan calosfríos de pensarlo?

Horacio (*gritando*).— ¿No te vas a callar nunca?

Horacio se levanta al baño. Después de orinar se lava las manos, cuando se ve al espejo grita sobresaltado.

Horacio.— ¡Mi cara! ¿Qué le pasó a mi cara?

Se toca la superficie de piel llana, buscando narices, labios.

Sombra.— Jajajajaja

Horacio.— ¿Qué me pasó... dónde está? ¡Devuélveme mi cara!

Sombra.— Pero si yo no la tango, ves cómo sí te pudiste haber dormido sin darte cuenta. Ya hasta perdiste la cara.

Horacio (*dirigiéndose a la cama*).— ¡Jenna, Jenna! ¿Dónde estás?

Sombra.— ¡Uy, sí! “Jenna Jenna”, ¡jajajajajaja!

Horacio revuelve la cama en busca de Jenna. Cuando finalmente la encuentra está desinflada. La zangolotea para despertarla sin encontrar reacción alguna.

Horacio.— ¿Qué carajo? Despierta, ¿qué chingados me pasó?

Se sienta a revisarla, buscando cómo repararla.

Sombra.— ¿Ahora qué eres? ¿ingeniero?, ¿energúmeno?, ¿explorador?, ¿personaje?

Horacio revisa a Jenna —se rasca la piel donde debiera estar su cara—, y no encuentra nada que hacer. Intenta salir pero no puede abrir la puerta, se desespera, siente más comezón, finalmente comienza a golpear la puerta.

Horacio.— ¡Chingada madre! ¡Auxilio!, ¡Señor Schiavoni! ¿Alguien?

Sombra.— Eres patético. No puedes correr. Aquí no puedes decidir nada, te tienes que someter.

Horacio (*rascándose*).— ¡Dame mi rostro!

Horacio se vuelve a sentar junto a Jenna, la manipula un poco, trata de sentarla sin que logre sostenerse, se rasca en la ex cara con fuerza. Cuando accidentalmente se le cae pierde momentáneamente los estribos: la azota contra el suelo un par de veces.

Horacio.— ¡Maldita sea! ¿En qué me han convertido? ¡Yo soy Horacio!

Sombra.— ¿Nosotros? Mira nomás, juegas a las máscaras y le creas un futuro ¿a quién?: ni más ni menos que a Jenna. Es más, tú solito llegaste al Hotel Encarnación y tú solito te asumiste como Horacio Kustos y el que debías ser es Alberto... y todavía preguntas ¿en qué te hemos convertido?

Horacio.— No sabes nada, yo llegué aquí por las camas, por accidente. Además, ¿qué sabes quién soy? ¡Devuélveme mi cara!

Sombra.— Seguro la dejaste pegada en alguna máscara. ¿Yo porqué tendría que saber? ¿No te escondes de los demás para fantasear a tus anchas? Según tú, Nosotros te hicimos ésto. No eres más que un cobarde que no tiene el valor para enfrentarse a la vida, por eso estás aquí. ¡Por pendejo! No todos acaban encerrándose para siempre en un motel sin darse cuenta.

Horacio toma a Jenna de nueva cuenta, la voltea, mueve sus miembros. Torpe y a las prisas sopla en la válvula de inflado.

Sombra.— ¡Jajajaja! Ni lo intentes, está rota, ya no sirve, eso pasa con las muñecas, dejan de ser útiles...sobre todo cuando les liberan la Sombra a trancazos.

Horacio.— ¡Fue sin querer! Yo no tenía la intención de separarlas. Lo siento. De veras lo siento.

Sombra.— Ya, hombre. En realidad no tiene importancia, ya no, ahora ya no tengo que manipular a nadie. Ninguna importancia, como tampoco la tiene quién crees que seas, Alberto... incluso tu rostro no es tan importante. Como lo veo yo: la identidad es sólo un asunto de dónde te colocas.

Horacio está desesperado, no sabe que hacer, se siente acorralado. La comezón es intolerable.

Sombra.— Jenna dejó de funcionar por la falta de solidez de tus mentiras. Algún escritor de ficción, de a de veras, hubiera podido sacarla de la oscuridad y separarnos. ¿Pero tú?, ¿simple historiador de sucesos? que por muy sorprendentes que sean no se asemejarán nunca a tener una vida real y mucho menos crearla. “Lo valioso viene de lo inexistente”, dicen por ahí... ya tendrás tiempo de extrañarme.

Horacio intenta hablar sin conseguirlo, patea varias veces la puerta y sigue rascándose la ex cara.

Sombra.— Ni te angusties, es normal que no puedas hablar, al menos pudiste hacerlo un rato. (*Demagógico*) Quién eras no es tan esperanzador como qué serás. Un reflejo, mi doble opuesto, un personaje con quien bailaré en el claroscuro que se forme en las paredes de esta habitación un día tras otro y otro y otro más. Un hermano emancipado, el personaje liberado de la materia...

Horacio toma impulso y se lanza contra el muro de enfrente, con la ex faz por vanguardia...

Oscuro.

La sombra de Alberto

(V)

Suena el teléfono y Horacio contesta, tiene puesta una máscara. Jenna está acostada junto a él. Entre las sábanas se le acerca, sutil y seductora, poco a poco se le acerca más, lo recorre. Ella lo acaricia y él no puede evitar distraerse sus torpes caricias. Horacio se desembaraza de ella un par de veces.

Horacio.— ¿Sí? Mi cielo... sí... como quedamos. ¿Cómo dónde? En el hotel. Pues es que dicen que me quedé dormido pero no me acuerdo... Sí, es la cosa de las camas, creo que tú fuiste quien me lo dijo primero. Claro que te estoy escuchando. ¡Ajá!, al menos, relativamente cerca de casa de mis papás. Pues no sé exactamente, parece que estoy por Toluca... pues sí qué quieres, pero fue tu idea, ¿no? Ya vas a empezar... ¿cómo crees? Por supuesto que me quedé solo. De veras, no hay nadie... debe ser la tele. Sabes que sólo tengo mente para ti... ¿pues tú qué crees? ¡Sabes que mi cuerpo también es tuyo! Gracias, mi vida. Sí, nos vemos en casa de mis papás. ¡Hey! Créeme, no te engaño con una muñeca inflable... ¡Por supuesto!... ¡Que no!, que es la tele, sólo a ti se te ocurre... pues si estoy sólo... ¿Cómo que no me haga el Horacio? pero si yo soy... ¿Bueno?, ¿bueno? ¡Putá madre!

Jenna en una orilla de la cama, mira enojada a Horacio y le jala las cobijas. Lo descubre.

Jenna (molesta).— Mira, Alberto, yo entiendo que nooo estoy en una posición como para exigirte nada pero no me parece justo que te pongas a hablar y hablar con ella cuando estás conmigo.

Horacio.— De hecho, no se bien a bien quién era esa mujer ni porqué dije lo que dije... Contesté como en automático. Ella también me llamó Alberto.

Jenna.— No-te-ha-gas, no me salgas con esa ridiculez cuando siempre que me utilizas me dices el nombre de Ésa. Qué dirías si yo te llamara Max o Sergio o Jaime, en vez de Alberto ¿a ver?

Horacio.— Mira, creo que estás confundida. Tu crees que soy Alberto, pero no es así; soy Horacio Kustos. ¿Y tú de dónde conoces a Sergio Schiavoni?

Jenna.— Taaanta fantasía ya te hizo corto circuito en la cabezota. Bien dicen que toodo en exceso hace daño, hasta la imaginación. Pues Sergio fue quien me obsequió contigo. Aunque no exactamente nueva... espero no te moleste, no eres macho, ¿verdad? Y, pooor fa-vor, déjate ya de hacer “El Horacio Kustos”, ¿sí? No te queda, Alberto, tú lo creaste pero no te queda bien el papelito, ¿ok?

Horacio.— ¿Cómo que no me haga “El Horacio Kustos”, si Yo Soy Horacio Kustos. Alberto, no existe, es sólo un personaje que utilizo para registrar mis notas o para fantasear.

Jenna.— ¿Sólo un personaje? Es tu creador, es quien ideó y usó primero el nombre de “Horacio Kustos”, también conocido como “El Guardián”, “El Escudo”, “El Explorador”; en fin, el nombre de La Historia. Vamos, los niños juegan a ser “El Horacio Kustos”, como en el siglo XX jugaban a “El Santo, El Enmascarado de Plata”; o en el XIX a “El Hombre de La Máscara de Hierro”.

Horacio (*nervioso*).— Sí cómo no, vamos a jugar a ser Yo. Te confundes, hablas de mi personaje. ¡Yo inventé a Alberto!

Jenna.— ¡Y dale la mula al trigo! Con esa máscara vas de aquí para allá, sin involucrarte, regando palabras como si fueran lluvia. No te das cuenta que todas esas gotas de lenguaje fertilizan, y en ocasiones, dan frutos salvajes, de los que brotan en medio del asfalto, de los que nunca se sabe si serán sabrosos o tendrán ponzoña... Alberto, deja de usar esa máscara de personaje de cuento.

La máscara le pica la cara a Horacio, trata de hacerse el desentendido.

Horacio.— No sé de qué me hablas, es sólo una forma de conocerme. Yo no necesito máscaras. Sólo jugaba.

Jenna.— ¿No necesitas máscaras? Pues si no te la has quitado desde que... Bueno, pues no te he visto sin ella, Alberto. A ver, ¡quítatela!

Horacio (*se rasca en los bordes de la máscara*).— Permíteme tantito, a ver si no me equivoco: ¿una muñeca inflable me quiere dar órdenes?

Horacio se ha mareado, se sienta en la cama. Jenna se va enojando conforme habla.

Jenna.— ¡Ay, Alberto! Te amo, ¿sabes? tienes tanto por compartir que para ti debe ser normal... con esa conversación atraes y arrastras a gente como yo, ávida por Desear & Sentir... i-lu-sio-nar-se... Gente, que se encabrona si una buena noche me ofreces las pinches estrellas y la puta luna y al otro día amaneces con humor de que me vaya a la mierda y me arrumbas como sí tal, sin liberarme ni sacarme ni nada... re-fundida en esta chingada oscuridad. Casi casi como si yo fuera qué, ¿y luego hasta me niegas quién eres? ¡Eres, eres...!

Se abalanza sobre Horacio. Luego de forcejear un poco logra quitarle la máscara y un grito de dolor.

Horacio.— ¡Mi cara!

Oscuro.

Tercera intervención de Schiavoni.

(VI)

Jenna Cum-ing's entra a la habitación buscando algo. Sobre la cama está un muñeco inflable sin cara. Jenna contempla largamente al fante hasta que entra, apresurado, Sergio Schiavoni. El argentino trae consigo una maleta.

Schiavoni.— ¡Ché!, ¿viste? Aquí estás. Sabía que sólo debía mirar en el cuarto correcto. Discúlpame el retraso, otro huésped me entretuvo, un boludo quisquilloso, ¿viste? Mirá, él...

Jenna (*interrumpiendo*).— Sergio, me podrías explicar Esto?

Schiavoni.— Pero, ché, ¿no es evidente? Es el muñeco que han mandado especialmente para ti, desde Noruega, ché!

Jenna.— ¿Pero... sin, cara?

Schiavoni extrae de su maleta un juego de varias máscaras y, accidentalmente, se cae una tarjeta postal.

Schiavoni.— ¿Es eso lo que no te gusta? Calmáte, mujer. Precisamente, viene acompañado de un juego completo de máscaras intercambiables para evitar la monotonía. Para empezar, si así lo querés, podés montarle la que pone en la etiqueta “Horacio Kustos”, que es el nombre del muñeco, ¿viste? Yo, con sinceridad te sugeriría que le pusieras la máscara de “Alberto”, no es con la que funciona mejor, pero es tan divertido que no te arrepentirás nunca. Mirá, que te lo digo yo.

Jenna.— ¡Fan-tástico!

Jenna se olvida que aún está Sergio allí y se dispone a disfrutar de Horacio. El argentino recoge la tarjeta que está en el suelo y lee en voz alta.

Schiavoni.— “Un hombre al borde de su sombra cruje; sujétalo a su cuerpo un clavo ardiente y una feroz manera de aferrarse a los crujientes garfios del recuerdo.”

Jenna lo voltea a ver enojada, como si la hubieran agarrado in fraganti.

Schiavoni.— Pero ché, no me mirés así, ¿viste? Son sólo las instrucciones. Mirá, con este juguetito... vos podés entrenarte en todas las pasiones, incluso en todas las que imaginés. Algo te debe decir la frase: “Hechos para retar a la imaginación”, ¿no? Porque tenés imaginación, ¿cierto?

Jenna (*impaciente*).— Pero claro que tengo imaginación, no estaría aquí si no fuera así, ¿verdad?

Schiavoni.— Basta, no te molestés, ché, dejáme explicarte. Éste muñeco está inspirado en antiguos modelos chinos, ¿viste? También lo podés usar para atrapar esos espíritus rebeldes y chocarreros... ¡y sin costo adicional! ¡Imagínate!

Jenna toma al argentino del brazo y lo encamina hacia la puerta. Schiavoni toma apresuradamente sus cosas.

Jenna— ¿Sí? Bueno, pues muchas gracias. Sabré disfrutar de éstas cositas. Muy amable, ¿eh? Gracias.

Schiavoni.— Pero si apenas te estoy explicando, ché, permitime terminar.

Jenna.— No. Hace. Falta. Sergio, eres muuuy amable, deveritas. Pero me parece muuuy familiar este muñequito. Hasta luego.

Schiavoni (*resistiéndose a salir*).— Pará, pará, una última cosa: tené cuidado de no dormirte o despertar mientras las camas se mueven, ché. No se sabe a dónde podás ir a dar.

Jenna (*cediendo un poco*).— Sí, seguro que tendré cuidado. Gracias.

Schiavoni.— Un huésped de la cadena se despertó en un viaje rumbo a cierto lugar en los fiordos noruegos y...

Jenna (*empujando*).— Sí si si cómo no, yo tendré cuidado. Adiós.

Jenna cierra la puerta y deja a Schiavoni fuera del cuarto. Voltea hacia Horacio, quien farfulla algo sin que se le entienda, tampoco se puede mover bien: sus intentos lo llevan a caer sobre su costado en la cama.

Jenna (*enderezándolo*).— Entonces fuiste tú quien se despertó mientras viajabas en las camas. Mira nada más cuánta “casualidad”.

Jenna le coloca una de las máscaras y lo sujeta entre sus brazos.

Horacio (*manoteando desesperado*).— ¡Suéltame! ¿Qué me hiciste?

Jenna.— ¡Jajajaja!, ¿qué te he hecho yo?, no te acuerdas, Alberto. Más bien, chiquitito, deberías preguntarte ¿qué me hiciste tú? Además nadie te obligó a despertarte en medio de un viaje de las camas, ¿verdad?

Horacio.— Primero, yo soy Horacio. Y segundo, no fui yo quien se despertó porque no me he dormido.

Jenna.— ¡Ashh! No te cansas de ser taaan necio?

Horacio.— No. Si me hubiera dormido lo sabría.

Jenna.— Bueno ya, Alberto. Lo importante es que estamos juntos y que “Sombra no te hará nunca más daño. Se ha ido ya...”

Horacio.— ¡Horacio! y no, lo importante es que entiendas que lo nuestro no puede ser, fue algo fugaz, nada más. Recuerda que yo tengo...

Jenna calla a Horacio arrancándole la máscara, éste se queda sin poder emitir palabras y semi inmóvil, sobre la cama.

Jenna.— ¿Éstas son cosas fugaces? ¿Tú crees, Alberto? A mi me parece que tenemos más de una vida por delante.

Horacio tiembla. Jenna comienza a desvestirse sensual.

Jenna.— Sombra solía decir que la personalidad es un asunto acerca de dónde te colocas... Lo nuestro no es algo fugaz, ni siquiera un juego, Alberto. Eres... soy... ya me entenderás.

Jenna apaga la luz.

Oscuro final.